

LOS HOMBRES QUE HACEN LA FERIA

Por ISMAEL GALIANA

LOS mismos que la hicieron continúan haciéndola, año tras año, en un casi callado pero eficaz que hacer diario, que sumará una cifra fabulosa de horas, minutos y segundos en el momento de escribir este reportaje.

Hicieron la Feria muy contadas personas. ¡Si nadie creía en ellas, cómo iban a hacerla más de cuatro elegidos del dios Mercurio!

Se hizo a trancas y barrancas—un servidor lo sabe y lo ha vivido intensamente en un último plano—, cerquísima, eso sí, del hombre que de verdad tuvo la idea, lanzóla al límpido aire murciano sin más ni más, valientemente, y se enredó, uno cree que para los restos, en la maraña de selva virgen que es toda idea ambiciosa y sin precedentes en la región donde fué alumbrada.

Ese hombre se llama Miguel López Guzmán, sin don que valga, porque él así lo quiere y de ello se precia.

Para Miguel, consumada su vida y su obra, no serán necesarias vanidades tan elementales como dar nombre a una nueva avenida del ensanche o bronce a un pedestal de plazuela o jardín. No. A López Guzmán le irían rematadamente mal estos póstumos honores. A él le van mejor otros más silenciosos reconocimientos.

A la Feria de la Conserva—que empezó siendo de Muestras: era el monte Calvario de su redención futura—hay que compararla, salvando las distancias, pero nada más que salvándolas, con el primer Gobierno federal con sede en Bonn. Un político al que suponían en decadencia y un técnico con ganas de llegar lejos a través de un camino que sus transeúntes y espectadores de la orilla habrían de llamar años después "camino del milagro".

Don Adrián Viudes Guirao asume en la Feria, desde el vagido tembloroso de 1952, las riendas de la presidencia, el papel de viejo canciller. Con setenta años cumplidos, entiende el cargo como un deber inexcusable, demandado, exigido sin palabras por los comerciantes, industriales y navegantes del censo electoral de la Cámara que él presidía y preside.

Miguel López Guzmán desempeñaba—y desempeña—un puesto técnico, de gran responsabilidad, en el seno de la Cámara. En su viejo despacho de la calle Calderón de la Barca dejó constancia de muchas ocupaciones y preocupaciones. Acaso de demasiadas, ya que no todas dieron los frutos y las mieles que justamente les correspondían.

La culpa de que el árbol frondoso de López Guzmán no diera más cosecha la tuvo la Feria. Ella causó "destrozos" irreparables en un arsenal de proyectos en cartera o en vías de realización. La "niña mimada" embobalicó a sus progenitores y no les está dejando pegar ojo ni de noche ni de día. Salíó a la luz pública la buena moza secando cauces dinerarios, haciendo reventar la estabilizada tesorería de la Cámara, agotando hasta el último céntimo, y cual cigarrera estival, los ahorros invernales de la hermana hormiga, y obligando encima al veterano señor Viudes a una operación de crédito que se barruntaba, urbi et orbe, peligrosamente temeraria.

Y Miguel López Guzmán—herr Ludwig Erhard de las cuatro esquinas murcianas—intuyó, pese a todo, el camino hacia el milagro de "su" certamen. Cuando los infinitos pagos pendientes amenazaban la venerable estructura económica de la Cámara; cuando todo era a su alrededor caras largas y frases pesimistas; cuando nos cortaron el fluido eléctrico y él se quemaba las pestañas con agotadoras y calurosísimas jornadas nocturnas de trabajo en pleno mes de agosto, a la luz de una vela; cuando los comentarios de la calle aludían unánimemente a la inutilidad de la misma Feria; cuando don Adrián urgía a su secretario, al profesor en certámenes monográficos, soluciones de una vez, y cuando, en fin, el barco parecía que zozobraba sin remedio, Miguel López Guzmán seguía a pie firme sobre la cubierta del navío y hasta se permitía el increíble lujo de recomendar paciencia al tiempo que su pensamiento volaba ya precisamente a cuanto ahora estamos viendo a punto de cuajar.

Sí; el viejo hombre dejó hacer al director de la hoy Feria Internacional de la Conserva y Alimentación. Y ese dejar hacer—que requiere, ciertamente, un elegante sentido de la generosidad y la comprensión—es la mayor gloria del presidente Viudes Guirao.

El equipo de tripulantes enrolados en el buque de la conserva laboró entera y arduamente en los comeditos señalados a cada uno por el mando. Fué una hermosa singladura propia de colonos feriales. Las respectivas parcelas de actuación merecieron un cultivo físico, técnico o intelectual a golpe de vigiliat y de echarle corazón al empeño. Hubo desorden y anarquía, improvisaciones y defectos. En ciento once fechas se tiró fuera una obra de un par de años de duración normal. En el primer "Diario de la Feria" hay constancia de los nombres y méritos de aquellos pioneros: Manuel Fernández-Delgado—asesor artístico y a quien resulta imposible descubrir a estas altu-



Se izaba y se arriaba la bandera. Lo primero, siempre con ilusión; lo segundo, a veces, con cierta amargura. La Feria ha atravesado épocas de pesimismo. El empuje de los hombres que la hicieron consiguió llevarla hasta su internacionalidad. En la foto, de izquierda a derecha, su presidente, el gobernador civil y el alcalde de la ciudad, que siempre pusieron su apoyo y entusiasmo para el buen caminar del certamen



Don Adrián Viudes, presidente de la Feria



Don Miguel López Guzmán, director

ras—, Daniel Carbonel, Diego Soler, don Arsenio, Ismael Visedo, Lucas, Párraga, Pérez Feito, el electricista Valera, Muñoz Barberán, el pintor de "brocha gorda" Clemente... Bueno, y cien artífices más de menor cuantía pero idéntico entusiasmo. Y los redactores del periodiquillo: Montesinos, Valcárcel, García

Ruiz, Tomás, que tomaban el pulso diario a la noticia ferial y la traían casi siempre con notorio retraso, porque en el sector de degustación daban muy excelente cerveza fría... Y nuestro "Baldo", que cerraba la Feria a las cuatro de la madrugada después de hacerse su chiste conservero y de confeccionar las ocho mínimas páginas del diario fugaz de tan sólo quince días.

Entre 1958 y 1962 se produjeron las aperturas del certamen. Los años de las vacas flacas. Sin embargo, los fines y la trascendencia de la Feria estaban clarísimos. La más rotunda alegría que podía llevarse Miguel López Guzmán era cuando recibía, verbi gratia, una carta de Australia en la que se rogaba información de la "mostra" y su solicitante insinuaba la posibilidad de participar alguna vez en ella. Miguel enseñaba entonces la misiva de las antípodas a todo el mundo en redor suyo, y con exaltadas palabras trataba de convencernos del futuro de la Feria, del "ser o no ser" que a modo de S. O. S. blandía por aquellas angustiosas calendas.

El director general ha ido incorporando y vinculando a otros hombres a partir de la internacionalidad efectiva. Nombró unas comisiones, amplió unos consejos o redujo unos comités. Su horno de cocer planificaciones funciona en todo momento a alta presión. Su labor es como la de un sastre. Corta por aquí, da más anchura por allá o previene por acullá.

Lo cierto es que en 1963 se hace la Feria con muchos y buenos asesoramientos. Ya en la pasada edición se designaba a don Francisco Espinosa de Rueda presidente adjunto. Un gran caballero murciano, unido por lazos familiares a don Adrián Viudes, que ha sabido en poquísimo tiempo prestar desinteresadamente señorío y representación al certamen. Don Francisco ha ordenado aspectos de régimen interior, ha viajado a Madrid o a Vigo para resolver problemas difíciles o para gestionar de los conserveros de pescado la constitución en Galicia de un Comité regional. Con su sonrisa, su hablar pausado y sus maneras distinguidas gana día a día las más "encarnizadas" batallas.

Las comisiones de trabajo de este año agrupan industriales, comerciantes y técnicos destacadísimos. Zapata, Fuentes, Muñoz, Sánchez Manzanares, Pino, Templado, Caravaca, García Muñoz, Guzmán, amén de los "veteranos", intervienen activamente al lado del integrador López Guzmán, decidido partidario de dar entrada a todo aquel que valga y tenga vocación ferial, que es bastante la que se necesita.

Al director general hemos preguntado cuál es el próximo proyecto. Ha buscado inmediatamente en uno de los cajones de su mesa y, triunfante, nos ha enseñado los planos recién terminados de un nuevo pabellón de 78 metros de fachada por 38 de fondo y nueve de alto que habrá de construirse, Dios mediante, el año que viene. El problema más urgente ahora es la falta de espacio. ¡Quién lo hubiera predicho hace sólo tres septiembres!

La Feria fué otra desde que el ministro de Comercio, señor Ullastres Calvo, la proclamó "hija predilecta" del ministerio. Y una hija así, la decana de las especializadas en España, la que sirvió de provechoso experimento a la expansión comercial emprendida de nuestros productos, se merece todo.

—El ministerio proporciona actualmente a la Feria el 50 por 100 de los ingresos de ésta.

Nos lo ha afirmado el delegado regional de Comercio, don Bartolomé Bonet Moner, vicepresidente, asimismo, del Comité ejecutivo. Igual que los anteriores delegados—señores Pareja Muñoz y Zaballas Zayas—se ha entregado en cuerpo y alma al certamen.

—Cada año se invitará a más compradores europeos. Incluso ampliaremos a los norteamericanos esta invitación, que con el tiempo no será menester, porque las firmas vendrán espontáneamente. De las que vengan dentro de unos días predominarán las de grandes cadenas de supermercados. Lo que importa, entiendo, es crear una industria nacional de la conserva directamente enfocada al ama de casa de todos los países. Productos totalmente terminados y no semitransformados de albaricoque. Es antieconómico vender pulpa a Inglaterra y comprar a continuación mermelada murciana "made in England".

Ha sido la Feria un trampolín de iniciativas encaminadas a lograr esa transformación completa de la materia prima por vía de la unión entre los fabricantes. El señor Bonet Moner nos indica que ya se ha formado una sociedad dispuesta a trabajar en esta dirección. Se trata de "Incoresa".

Y, cada vez más, la querida y entrañable Feria irá sugiriendo, orientando, compulsando mercados, ofreciendo maquinaria novísima... Será, sencillamente, un escaparate maravilloso que se orienta a los treinta y dos puntos de la rosa de los vientos.

Era la pretensión de Miguel López Guzmán la tarde aquella en que el horizonte se había ennegrecido y su despacho estaba sumido en las tinieblas.

Pero chisporroteaba una vela, y como quedaba vida y luz, también permanecía en unos cuantos corazones una chispa de esperanza.